

nes de la Naturaleza y de los productos del trabajo, precisamente por los que no trabajan ni producen riqueza alguna. Toda cuanto riqueza existe es obra de los trabajadores y sólo los trabajadores es lógico que sean los propietarios de todos los productos del trabajo de todos. Todo el actual progreso maravilloso debido al trabajo y que constituye la actual civilización, constituye también, por efecto del robo legalizado, una sociedad más bárbara que las de antiguas épocas.

Termina induciendo a los oyentes a que estudien las ideas anarquistas.

El compañero Tomás Herreros, seguidamente hace uso de la palabra. En la actual monstruosa guerra europea—dice—la actitud de los anarquistas ha quedado bien definida. No tenemos simpatías ni por uno ni por otro de los grupos de Estados que han llevado a sus pueblos a despedazarse en una lucha tan vergonzosa como horrible. Es preciso que no se nos confunda con los neutralistas; éstos ayudan a unos y a otros beligerantes para que la guerra se prolongue; nosotros, como anti-guerreros y lo somos por humanidad, de la misma manera que por humanidad queremos también una guerra: la guerra social que ha de poner fin a la esclavitud económica.

La trágica guerra actual tiene ya sus puntos tristemente cómicos. La prensa burguesa no hace públicos ciertos detalles, ciertos hechos que a nosotros nos constan por las relaciones que tenemos con algunos compañeros extranjeros, y que demuestran que los soldados de uno y otro bando no se odian, pues fraternizan entre ellos en cuanto pueden burlar la vigilancia de los jefes. Se llaman «camaradas» y se han dado ya algunos casos de insubordinación, tanto en uno como en otro campo beligerante. De trincheras a trincheras se ponen de acuerdo para no matarse, tirando al aire, y a propósito se dejan coger prisioneros mutuamente... Y esto, que son síntomas nada agradables para los tiranos, pues ven que la paz puede serles impuesta por las deserciones de los soldados negros a continuar asesinando mutuamente, esto ha hecho que unos y otros tiranos se pusieran de acuerdo también, estableciendo un permanente cange de prisioneros obligando así a éstos a volver a las trincheras. He ahí por qué esta tragedia va degenerando ya, adquiriendo cierto aspecto cómico no muy agradable para los tiranos.

Y pasemos a otro punto. Los gobiernos de todas las naciones civilizadas coinciden también en un propósito odioso contra el derecho de gentes, que tanto invocan en sus litigios guerreros, pero que pisotean en las personas de los extranjeros con el pretexto de ser anarquistas. En Barcelona, recientemente han sufrido este atropello los compañeros Guillat, cubano, y Silva Ollivier, portugués, caldiendo para ello de la ley de vagos. ¡Vagos! Si yo fuera vago, yo me hubiera repudiado el trabajo, yo me hubiera hecho policía, oficio de vago. ¡Y estos gandules prenden y expulsan por vagos a trabajadores dignos!

Contra los crímenes gubernamentales, contra los culpables de tantas indignidades humanas, sólo alguna vez brilla el fulgor de la rebeldía y sólo ésta es efectuada por individuos aislados como Angiolillo, como Pardini, como Bresci, como Radowski y algunos otros que señalaron la pauta a las multitudes. Pero ¿qué sucede con estos compañeros, no haciendo para ellos lo que ellos hicieron para la colectividad. De ahí que no resurjan más Radowskis ni más Angiolillos... Es necesario que ante la inteligencia internacional de los gobiernos contra los anarquistas, volvamos a inteligenciamos internacionalmente los anarquistas contra los crímenes de los gobiernos. Así evitamos, impedidos en otras ocasiones, que los compañeros que se libraron de la muerte en Montjuich, en Alcalá del Valle y en Jerez, permanecieran enterrados en vida en los presidios y pudieran volver a la libertad.

Es necesario que intensifiquemos nuestra propaganda en los talleres y en la plaza pública. Es preciso que el espíritu de solidaridad se extienda, pues no ha sido por magnanimidad cuando los gobiernos han ratificado su conducta o han accedido a las reclamaciones populares, sino por la presión ejercida por esta solidaridad de los oprimidos.

Una de nuestra labor a extender es también la de establecer y fomentar centros de cultura en todas partes, como el recientemente iniciado por los compañeros de Pueblo Nuevo.

El compañero Herreros termina, haciendo mención de los millones que se cruzan entre las naciones en la guerra, que pueden contribuir a que el pueblo español sea lanzado al crimen europeo. Si esto se pretende, es preciso que hagamos en España lo que hicimos en Cataluña por una guerra menos extensa que la que hoy ensangrienta a Europa. Si este caso llega, cumplamos con nuestro deber.

El compañero Márquez se levanta para hablar; pero aun no lleva pronunciadas las primeras palabras, cuando el delegado de la autoridad, obedeciendo órdenes a priori recibidos, sin duda por su amo el polizón Martorell, se opone a que dirija la palabra al público. Márquez, sin embargo, continúa hablando, pero la actitud del delegado gubernativo, que va acompañado de otro colega, provocan la protesta del público, quien prorrumpe en voces de «¡que se vayan!... ¡que se vayan!...» y los policías se retiran grotescamente con satisfacción de los reunidos.

Prosiguiendo su interrumpido discurso, el compañero Márquez hace historia de los sucesos sangrientos provocados por el ferocísimo coronel Falcón, jefe de policía de Buenos Aires, y relata el acto realizado por Radowski contra Falcón destruyéndolo con una bomba, vengando así a las numerosas víctimas de aquel tirano autoritario. Pero Radowski cayó en manos de los sicarios del Gobierno y fué mandado a la Tierra del Fuego, la Siberia ajentina, donde el objeto de martirios ejecutados por los esbirros presidialistas al servicio de la tiranía dominante en aquel país.

Pero los polizontes argentinos no han cambiado desde la muerte de Falcón; no han evolucionado en un sentido humanitario. Recientemente los mismos tipos, anhelandos de sangre siempre, acaban de cometer otra felonía, otro crimen contra los trabajadores que luchan por el respeto a su dignidad, a sus derechos y a su vida.

Allí la policía quiso impedir, como aquí, que un compañero hablara en un mitin que se efectuaba en la Plaza del Congreso. Escuchábanle atentados más de mil trabajadores, tranquilos, confiados, sin acción de peligro. El orador anatematizaba la violencia organizada del Estado, parcial defensora del capital explotador. Como contestando a sus palabras, los polizontes hicieron fuego sobre el pueblo, cayendo heridos por el plomo mercenario de los esbirros dos compañeros, y otros muchos de los tiros precipitados como fieras sobre en mano contra los huelguistas, y otra descarga hirió de muerte a un joven empleado de comercio que transitaba por la calle de Rivadavia.

Esta nueva salvajada policial ha provocado una gran excitación contra la policía de aquel país. Respondamos a ella, ya que no surgen los Radowski necesarios hoy entre los anarquistas del mundo, con campañas de solidaridad internacional, mostrando a los pueblos la iniquidad, la salvaje actuación de los gobiernos de las naciones civilizadas.

El compañero Pestaña cierra el mitin. Su peroración es un resumen de cuanto se ha dicho. Hay que repetir siempre lo mismo, hasta que las pequeñas partículas de las ideas que quedan grabadas en la conciencia de los hombres en cada acto de lo que celebramos, se llegue a formar el bloque que ha de aplastar a la tiranía en todas las manifestaciones de la vida social y afirmar al mismo tiempo nuestro ideal y la vida individual y colectiva de los hombres.

Hace una exposición del anarquismo en sus dos aspectos de combate y de doctrina, y, en largas consideraciones, un análisis crítico de los partidos político gubernamentales, todos sofísticos, engañadores y tiranos.

Termina diciendo que si los interesados en que la guerra se extienda, como son algunos políticos, germanófilos y aliadofilos, banqueros y agiotistas que sólo a su caja de caudales miran, logran provocar algún acontecimiento para que el vaho de sangre alcance también a España, estemos dispuestos a oponernos a ello, apelando, si preciso es, a la revuelta, pues para morir de un balazo defendiendo la tiranía del Estado y las conquistas del capital, es preferible morir en la pelea defendiendo nuestra libertad y dignidad de hombres y patria, a la conquista de nuestros derechos usurpados.

Seguidamente el compañero Miguel Herrero, tras breves palabras, dió por terminado el mitin, saliendo la concurrencia vivamente impresionada.

Razones y Palos

La panacea

Continúa el Gobierno en sus aciertos demostrados en la cuestión de las subsistencias, para la resolución de la cual las Cortes le dieron facultades casi dictatoriales. Después de más de dos meses de trabajos serios encaminados en este sentido, pues el presidente los ha pasado cazando y nadie negará que la caza no tenga que ser una de las ocupaciones de un jefe de Estado. El Gobierno, que reside en Madrid ha... descubrió que las fábricas de harinas muelen trigo sin cesar, pero que no hay harina ya... «todo es molina»; que existen grandes cantidades de frutas en España, mayormente naranjas de Valencia, pero que para el pueblo español resultan «naranjas de la China», y que hay grandes existencias de carbón en las minas y en

algunas estaciones ferroviarias, pero que «se acabó el carbón».

Como se ve, la Junta central de subsistencias ha demostrado que estamos en un *Paraiso*, y que este la preside; y el Gobierno, con sus poderes omnímodos y tiempo transcurrido, que ha resuelto el problema de la manera que todos sabemos, es decir, no resolviendo nada, como lo demuestran las manifestaciones populares que continuamente se producen en diversas poblaciones de España contra la carestía.

En Sevilla, en la provincia de Cádiz, en Ciudad-Real, en Madrid mismo y en otras localidades, el pueblo hambriento se ha manifestado pidiendo socorros y la baratura de los mantenimientos.

Pero, claro, no todo se puede arreglar a gusto de todos y con la perfección debida, y pensar de contar el Gobierno con grandes recursos... de guardia civil, que es la encargada de mantener... el orden y que son los socorros facilitados a los que piden «pan y trabajo».

Pero es que, a veces, las cosas no dan los resultados apetecidos por faltar un simple detalle, algo que no se encuentra y que evita los defectos que inutilizan las combinaciones, algo que, a veces también, lo halla un quidam cualquiera con menos meollo que Romanones.

Y ahora se ha dado este caso; este algo que los hombres del Gobierno no han podido hallar para que no se encuentre y vanandose los sesos, lo ha hallado de manera más sencilla uno de los geodemas que el pueblo mismo manda como su representante en las Cortes para que defienda sus intereses, y ello consiste en la acuñación de una nueva moneda de cobre de siete céntimos, que se encuentra infalible para solucionar definitivamente la carestía de la bafaría alimenticia, ha adoptado el Gobierno para presentarla como proyecto de ley.

Es de esperar que los representantes del pueblo en las Cortes aceptarán también el nuevo hallazgo de su congreso, de cuyo nombre no nos acordamos en estos momentos para publicarlo para su mayor gloria, pero que es digno de ser esculpido en cobre, o, mejor dicho, en calderilla.

Que con esta moneda de siete céntimos habrá una diferencia notable en los precios de primera necesidad, está fuera de dudas; no bajará de un 20 por 100, porque lo que ahora cuesta cinco céntimos costará siete, lo de diez, doce y así sucesivamente...

Pueden estar de enhorabuena los españoles... comerciantes. El Gobierno, continúa en sus aciertos favorables a ellos, y a una consigna, «comprad los productos de primera necesidad», como fieras sobre en mano contra los huelguistas, y otra descarga hirió de muerte a un joven empleado de comercio que transitaba por la calle de Rivadavia.

Esta nueva salvajada policial ha provocado una gran excitación contra la policía de aquel país. Respondamos a ella, ya que no surgen los Radowski necesarios hoy entre los anarquistas del mundo, con campañas de solidaridad internacional, mostrando a los pueblos la iniquidad, la salvaje actuación de los gobiernos de las naciones civilizadas.

El compañero Pestaña cierra el mitin. Su peroración es un resumen de cuanto se ha dicho. Hay que repetir siempre lo mismo, hasta que las pequeñas partículas de las ideas que quedan grabadas en la conciencia de los hombres en cada acto de lo que celebramos, se llegue a formar el bloque que ha de aplastar a la tiranía en todas las manifestaciones de la vida social y afirmar al mismo tiempo nuestro ideal y la vida individual y colectiva de los hombres.

Hace una exposición del anarquismo en sus dos aspectos de combate y de doctrina, y, en largas consideraciones, un análisis crítico de los partidos político gubernamentales, todos sofísticos, engañadores y tiranos.

Termina diciendo que si los interesados en que la guerra se extienda, como son algunos políticos, germanófilos y aliadofilos, banqueros y agiotistas que sólo a su caja de caudales miran, logran provocar algún acontecimiento para que el vaho de sangre alcance también a España, estemos dispuestos a oponernos a ello, apelando, si preciso es, a la revuelta, pues para morir de un balazo defendiendo la tiranía del Estado y las conquistas del capital, es preferible morir en la pelea defendiendo nuestra libertad y dignidad de hombres y patria, a la conquista de nuestros derechos usurpados.

Seguidamente el compañero Miguel Herrero, tras breves palabras, dió por terminado el mitin, saliendo la concurrencia vivamente impresionada.

Es necesario que intensifiquemos nuestra propaganda en los talleres y en la plaza pública. Es preciso que el espíritu de solidaridad se extienda, pues no ha sido por magnanimidad cuando los gobiernos han ratificado su conducta o han accedido a las reclamaciones populares, sino por la presión ejercida por esta solidaridad de los oprimidos.

Una de nuestra labor a extender es también la de establecer y fomentar centros de cultura en todas partes, como el recientemente iniciado por los compañeros de Pueblo Nuevo.

El compañero Herreros termina, haciendo mención de los millones que se cruzan entre las naciones en la guerra, que pueden contribuir a que el pueblo español sea lanzado al crimen europeo. Si esto se pretende, es preciso que hagamos en España lo que hicimos en Cataluña por una guerra menos extensa que la que hoy ensangrienta a Europa. Si este caso llega, cumplamos con nuestro deber.

que nos ha visto ni conocen siquiera. En sus narraciones resplandecen la verdad, obtenida sobre el mismo terreno a donde iba a adquirir; y cuando así no lo hacía, la realidad se encargaba de ello con hechos bien elocuentes.

Su novela corta «El hijo del odio», ha sido en la realidad vivida recientemente en Francia, con sólo la diferencia de que el hijo inocente que Dicenta hace salvar por el sublime amor de madre que se rebela contra el odio salvaje que genera la guerra y que pretende asesinar a un recién nacido hijo de un soldado invasor, en la realidad ha podido más el odio y ha sido la misma madre la que ha asesinado al hijo del boche.

Y esa verdad, que era la que movía el pensamiento y la pluma de Dicenta, es también lo que caracteriza la gran valentía de fondo y la viveza de expresión de sus artículos y composiciones. Como demostración de ello, como tributo al insigne escritor que acaba de morir, reproducimos a continuación uno de sus trabajos y que se refiere a la vida de los mineros de Almadén.

EL MODORRO

Penetré en la casa inclinando un poco la cabeza para trasponer el desmedrado umbral. El sol entraba allí de contrabando; se detenía sobre las primeras baldosas, convirtiéndolas en mazzarabas azules; y luego, como si le asustaran la humedad y la pobreza del recinto, deshaciase en polvo de oro y volvía a la calle, tejiendo, desde las baldosas a la puerta, una gasa de anémicos matices azules.

Más adentro apenas si llegaba la luz. La vidriera vercosa de un ventanillo entrecruzado por anchas líneas de hojadelata, mejor era el estorbo que paso de la claridad. Con la puerta ocurria lo mismo. La sala se albecetaba confusamente permitiendo entre melancólicas sombras que permitían entrever paredes desnudas, afeitadas con yeso, cuatro o cinco sillars, una mesa y el arranque del techo, en envigado con maderones color de chocolate. El fondo resultaba francamente invisible. Adivinábame en él muros negros faltos de relieve y de límite. Era algo así como un abismo que, en lugar de abrirse ante los pies, se abría ante los ojos.

En una de las sillars estaba sentada una mujer. Parecía contar cincuenta años; más tarde supe que tenía treinta. Por su cutis, repujado de posturos, extendiame las blancuras mate de la escrofula; sobre su pelo, de un rojo meiz, brillaban las canas como imitaciones de plomo; su boca servía de reducto a una guerrilla de careados dientes; encima de su cuerpo reía un justillo y pingajaba una falda. Al vernos se levantó para recoger a un chiquillo, que se revolcaba sobre las baldosas soleadas, remediando un amor de Rubens. El corpiño se abrió ofreciendo una bestia herida.

El miserable llegó cerca de mí; se izó con auxilio de sus brazos balones sobre una de las sillars; desplomó su cuerpo contra ella; sujetó con sus manos, que temblaban epilépticamente, sus piernas, que temblaban epilépticamente también; apoyó en el duro respaldo su cabeza péndulo y mirándose cara a cara, nos dijo con voz tartamuda: —Los señores quieren saber mi vida. Oiganla y Dios les pague el bien que hagan por mí.

Y habló; habló sencilla, humildemente, sin protestas, con resignación de esclavo, hecho desde niño al latigazo y a la argolla.

El habla; no precisas acotaciones para esta relación.

—Hace treinta años—decía aquella cara que pensaba y hablaba—hace treinta años—tenía yo diez y seis—bajé por primera vez a la mina; había que buscarse el pan. Bajé ganando dos pesetas diarias. Diez bajadas mensuales—no puede uno hacer más sin morir pronto—hacen un jornal de veinte pesetas cada treinta días. ¡Entonces trabajaba yo mucho! ¡Claro! Aún estaba fuerte pa pelear con el azogue. Luego el azogue fué pudiendo conmigo y mi cuerpo empezó a temblar con este temblor condeno; a ponerse modorro—asi se nos llama—. Pero, qué remedio! había que seguir trabajando. ¡Qué remedio! O trabajar o no comer. Un día el temblor aumentó; y mis jefes, viendo que me era imposible bajar toos los meses, vamos, un mes y otro y otro, me pusieron alforja. Alternó es un mes arriba y otro abajo. Después me pusieron arriba del too, porque no estaba pa bajar. El mercurio se hizo el amo de mi persona y los temblores se crecieron. Una noche, al volver del trabajo, dando tritones como siempre, abrí la puerta de mi casa, fuí a andar y me marcharon los pies y caí en el suelo de espaldas. Cré que se trataba de un resbalón; hice por levantarme apoyándome en las dos manos. ¡Que si quierés! No podía levantarlos ya; no podía ponerme de pie en la cama. Los señores establecieron con ella pugilato. Ellos, horrores! establecieron, producen escalofríos de asco y dolor al realizar su faena bárbara y volvere reptiles hombres. Pero cuando su pesadilla diaria; lo que te toca a uno cuando ha hecho muchos jornales, ¡muchos!, los que he hecho yo desde los diez y seis años hasta los treinta y

seis. De la peseta nos descuentan los domingos y los días festivos. Total, a bulto, veinticuatro pesetas por mes. Esa es mi historia y aquí estoy pa lo que ustés gusten mandarme; y Dios les pague lo que hagan en el mundo por mí.

Y la víctima del azogue, el sapo del azogue, el que produjo durante treinta años, miles de francos de mercurio, que el Estado vende a 300 pesetas cada uno, trató de incorporar se y vino al suelo boca arriba, con pataleo de bestia agorosa derribada por el cazador...

Llegábamos al umbral de la puerta. Me volví para dirigir la mirada al hogar del minero inválido.

La mujer había vuelto a sentarse en la silla; el hombre reptileaba entre las sombras, resoplando y desvaneciéndose por ellas.

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

que nos ha visto ni conocen siquiera. En sus narraciones resplandecen la verdad, obtenida sobre el mismo terreno a donde iba a adquirir; y cuando así no lo hacía, la realidad se encargaba de ello con hechos bien elocuentes.

Su novela corta «El hijo del odio», ha sido en la realidad vivida recientemente en Francia, con sólo la diferencia de que el hijo inocente que Dicenta hace salvar por el sublime amor de madre que se rebela contra el odio salvaje que genera la guerra y que pretende asesinar a un recién nacido hijo de un soldado invasor, en la realidad ha podido más el odio y ha sido la misma madre la que ha asesinado al hijo del boche.

Y esa verdad, que era la que movía el pensamiento y la pluma de Dicenta, es también lo que caracteriza la gran valentía de fondo y la viveza de expresión de sus artículos y composiciones. Como demostración de ello, como tributo al insigne escritor que acaba de morir, reproducimos a continuación uno de sus trabajos y que se refiere a la vida de los mineros de Almadén.

EL MODORRO

Penetré en la casa inclinando un poco la cabeza para trasponer el desmedrado umbral. El sol entraba allí de contrabando; se detenía sobre las primeras baldosas, convirtiéndolas en mazzarabas azules; y luego, como si le asustaran la humedad y la pobreza del recinto, deshaciase en polvo de oro y volvía a la calle, tejiendo, desde las baldosas a la puerta, una gasa de anémicos matices azules.

Más adentro apenas si llegaba la luz. La vidriera vercosa de un ventanillo entrecruzado por anchas líneas de hojadelata, mejor era el estorbo que paso de la claridad. Con la puerta ocurria lo mismo. La sala se albecetaba confusamente permitiendo entre melancólicas sombras que permitían entrever paredes desnudas, afeitadas con yeso, cuatro o cinco sillars, una mesa y el arranque del techo, en envigado con maderones color de chocolate. El fondo resultaba francamente invisible. Adivinábame en él muros negros faltos de relieve y de límite. Era algo así como un abismo que, en lugar de abrirse ante los pies, se abría ante los ojos.

En una de las sillars estaba sentada una mujer. Parecía contar cincuenta años; más tarde supe que tenía treinta. Por su cutis, repujado de posturos, extendiame las blancuras mate de la escrofula; sobre su pelo, de un rojo meiz, brillaban las canas como imitaciones de plomo; su boca servía de reducto a una guerrilla de careados dientes; encima de su cuerpo reía un justillo y pingajaba una falda. Al vernos se levantó para recoger a un chiquillo, que se revolcaba sobre las baldosas soleadas, remediando un amor de Rubens. El corpiño se abrió ofreciendo una bestia herida.

El miserable llegó cerca de mí; se izó con auxilio de sus brazos balones sobre una de las sillars; desplomó su cuerpo contra ella; sujetó con sus manos, que temblaban epilépticamente, sus piernas, que temblaban epilépticamente también; apoyó en el duro respaldo su cabeza péndulo y mirándose cara a cara, nos dijo con voz tartamuda: —Los señores quieren saber mi vida. Oiganla y Dios les pague el bien que hagan por mí.

Y habló; habló sencilla, humildemente, sin protestas, con resignación de esclavo, hecho desde niño al latigazo y a la argolla.

El habla; no precisas acotaciones para esta relación.

—Hace treinta años—decía aquella cara que pensaba y hablaba—hace treinta años—tenía yo diez y seis—bajé por primera vez a la mina; había que buscarse el pan. Bajé ganando dos pesetas diarias. Diez bajadas mensuales—no puede uno hacer más sin morir pronto—hacen un jornal de veinte pesetas cada treinta días. ¡Entonces trabajaba yo mucho! ¡Claro! Aún estaba fuerte pa pelear con el azogue. Luego el azogue fué pudiendo conmigo y mi cuerpo empezó a temblar con este temblor condeno; a ponerse modorro—asi se nos llama—. Pero, qué remedio! había que seguir trabajando. ¡Qué remedio! O trabajar o no comer. Un día el temblor aumentó; y mis jefes, viendo que me era imposible bajar toos los meses, vamos, un mes y otro y otro, me pusieron alforja. Alternó es un mes arriba y otro abajo. Después me pusieron arriba del too, porque no estaba pa bajar. El mercurio se hizo el amo de mi persona y los temblores se crecieron. Una noche, al volver del trabajo, dando tritones como siempre, abrí la puerta de mi casa, fuí a andar y me marcharon los pies y caí en el suelo de espaldas. Cré que se trataba de un resbalón; hice por levantarme apoyándome en las dos manos. ¡Que si quierés! No podía levantarlos ya; no podía ponerme de pie en la cama. Los señores establecieron con ella pugilato. Ellos, horrores! establecieron, producen escalofríos de asco y dolor al realizar su faena bárbara y volvere reptiles hombres. Pero cuando su pesadilla diaria; lo que te toca a uno cuando ha hecho muchos jornales, ¡muchos!, los que he hecho yo desde los diez y seis años hasta los treinta y

seis. De la peseta nos descuentan los domingos y los días festivos. Total, a bulto, veinticuatro pesetas por mes. Esa es mi historia y aquí estoy pa lo que ustés gusten mandarme; y Dios les pague lo que hagan en el mundo por mí.

Y la víctima del azogue, el sapo del azogue, el que produjo durante treinta años, miles de francos de mercurio, que el Estado vende a 300 pesetas cada uno, trató de incorporar se y vino al suelo boca arriba, con pataleo de bestia agorosa derribada por el cazador...

Llegábamos al umbral de la puerta. Me volví para dirigir la mirada al hogar del minero inválido.

La mujer había vuelto a sentarse en la silla; el hombre reptileaba entre las sombras, resoplando y desvaneciéndose por ellas.

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebrecas del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra la pared, recibía inyecciones por el sol, estregaba en ellos sus desdentados dientes, y se desahogaba, guardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

JOAQUIN DICENTA

nada, absolutamente nada en pro de la cultura popular; que, al contrario, el Estado hace lo imposible—entendido bien—para que el pueblo continúe eternamente en la más negra ignorancia. El Estado, en este caso, cumple fielmente el objeto de su constitución orgánica. Hacer otra cosa los gobiernos, sería negarse el Estado a sí mismo, negar su existencia.

No nos esforzaremos mucho en demostrarlo parlamentariamente. El Estado, su órgano efectivo, el Gobierno, nos lo dice claramente, sin eufemismos, con inaudita contumacia que, por lo brutalmente cínica, debemos de agradecerle.

Veamos. Romanones, en un discurso que pronunció en el Parlamento, dijo que, «dados los gastos militares que España efectúa, podría ser una nación tan militarista como Alemania sin fuera que no hay ejército, ni instrumentos de matar, ni cuarteles ni nada que lo parezca, aunque dice que con el presupuesto actual podría haber todo eso y mucho más».

En 1913 se pagaron por el presupuesto de la Península 211.895,150 pesetas, y 101.086,400 por el de Marruecos, que hacen un total de 312.918,550 pesetas.

En 1914 se pagaron por el presupuesto de la Península 171.912,391 pesetas, y 134.042,457 por el de Marruecos, que hacen un total de 305.954,848 pesetas.

Y esto que no incluye ni los 35 millones, los 20 millones y los 60 millones que se llevan la guardia civil, los carabineros y las clases pasivas respectivamente.

De lo que se gastó en 1915, entresacaos de El Diluvio: «Guerra, 136.800,922 pesetas. Gobernación, que sólo tiene a su cargo la guardia civil de Marruecos, invirtió 743,997 pesetas.

Estado, figura con 1.141,737 pesetas, lo que significa una reducción de pesetas 1.114,704.

Fomento gastó sólo 3.541,938 pesetas, es decir, 194,970 menos que años anteriores.

Hacienda empleó 46,984 pesetas menos, o sean 3,108.

El total de gastos ha sido de pesetas 143.950,702, lo que significa un aumento total de 1.036,197 pesetas, a las cuales debe agregarse la suma de lo que se economizó en Estado, Marina, Fomento y Hacienda.

Conviene hacer constar que el presupuesto aprobado para el año anterior era de 124 millones de pesetas, de los cuales ¡110 eran para Guerra!» Y con déficit crecientemente...